

**JAMES POTTER**  
**Y EL HILO CARMESÍ**

## PRÓLOGO

Keynes podía sentirla venir.

Las luces parpadearon mientras estaba en las escaleras, haciéndole tropezar y provocando un coro de exclamaciones asustadas desde su séquito. Un segundo después, cuando las luces se normalizaban, estaba solo.

Miró a su alrededor rápidamente, girando sobre el terreno, tocando las paredes de ladrillos y los escalones de hormigón. Los guardias que lo habían acompañado se habían ido, también el Obliviador oficial de la corte. Keynes apenas se dio cuenta. Lo que más importaba era la niña, Isabella Morganstern.

La había agarrado por la muñeca, apretándola con toda la fuerza de su mano, tan apretada y despiadada como un puño de camisa. Sabía que la estaba lastimando, y no sólo por sus gritos incesantes. Su cólera lo hizo vengativo. La idea de que pudiera estar golpeando la muñeca de la niña le hizo apretar aún más fuerte, moliendo los huesos finos de su antebrazo. Había estado furioso con ella por huir de él, pero aún más, por avergonzarlo. Esta gruñona, inmadura, precoz británica se había atrevido a desafiar a Albert Keynes, Árbitro general de la Corte Mágica de los Estados Unidos. En realidad tuvo la audacia de obligarle a perseguirla.

Afortunadamente, aunque el resto de su séquito había desaparecido de alguna forma, la niña seguía allí, arrastrándose detrás de su puño, con los ojos muy abiertos mientras las luces parpadeaban. Su cabello se balanceaba en sudorosos rizos rubios alrededor de su rostro mientras miraba arriba y abajo, buscando. Por un momento, Keynes pensó que estaba buscando a los guardias desaparecidos, pero luego comprendió lo contrario. Estaba buscando a su hermana, Petra Morganstern, la joven cuyo nombre la pequeña mocosa había estado chillando sólo unos segundos antes, la joven a quién ellos habían dejado durmiendo en un sueño maldito de culpabilidad, tumbada en una cama desnuda de una celda vigilada del sótano.

—No seas tonta —dijo, burlándose de la expresión esperanzada de la niña. Sus palabras se perdieron, sin embargo, arrasaron en una súbita ráfaga de frío viento. Golpeó el borde del sombrero negro de Keynes, amenazando con azotarlo de su cabeza



calva como un fantasma burlón. El aire relinchante era tan frío que le pareció que podía sentir manchas de hielo en este, picando sus mejillas y ojos.

La chica rubia se volvió para mirarlo por primera vez desde que fue recapturada. Su boca todavía estaba presionada en un ceño preocupado, pero sus ojos brillaban como esmeraldas, de repente expectante, incluso ansiosa.

Él sacudió la cabeza hacia ella, sin atreverse a hablar de nuevo, y sacudió un dedo amonestador hacia ella con su mano libre. La empujó hacia adelante de nuevo hasta que ella tropezó con los escalones, arrastrada por su puño de nudillos blancos. No sabía lo que estaba pasando, pero la magia inesperada no era ninguna sorpresa en su trabajo habitual.

Las escaleras se detuvieron en el siguiente rellano, conduciendo a una sola puerta abierta tan grande que su mango había roto la pared de ladrillo. Keynes se detuvo, momentáneamente confundido. Habían subido desde el sótano. Había por lo menos nueve tramos más de escaleras hasta el tope del edificio. ¿Cómo podrían haber alcanzado la cima?

El aire seguía helado. Su aliento se hinchó ante su rostro, resoplando con solo el más leve temblor de un escalofrío.

Y por supuesto comprendió cómo había llegado a donde estaba después de todo. Su séquito no había desaparecido. Él sí. Había sido transportado mágicamente por nueve tramos de escaleras en un abrir y cerrar de ojos, durante el destello y parpadeo de las luces. La única razón por la que la chica había venido con él era porque la había estado sujetando fuertemente.

La chica no había hecho la magia. Pero el brillo de sus ojos le dijo que sabía quién lo había hecho.

—Será mejor que me dejes ir —dijo con un énfasis tranquilo. Keynes intentó imaginar el miedo y la petulancia en su súplica, pero él sabía que no había ninguno. En su lugar, casi parecía estar teniendo piedad reluciente en él. Como si le diera una última oportunidad para evitar algo horrible.

—Eres una tonta —le gruñó, siseando fuertemente entre sus dientes, de modo que salió saliva. Su aliento hinchó nubes pálidas en el aire. —Tu hermana es culpable. No



tienes un guardián mágico legal. El tribunal ha hablado y tengo la intención de cumplir sus órdenes. Serás oficialmente Desmemorizada. Sólo estás empeorando las cosas...

Otra ráfaga de viento, aún más dura y fría que antes, se abalanzó sobre él, le arrancó el sombrero de la cabeza y batió su túnica como una bandera. Se aferró al marco de la puerta con la mano libre, pero el viento lo forzó a golpear la puerta de la escalera detrás de él tan violentamente que su pequeña ventana se rompió, rociando el piso del vestíbulo con vidrio triturado. Keynes se revolvió, agarró la manija de la puerta y la sacudió, tirando de ella tan fuerte que crujió en su base. La puerta estaba cerrada, tan inamovible como la piedra.

Y aun su mano seguía agarrando la muñeca de la chica rubia, arrastrándola con él.

*Ella* estaba viniendo. La hermana de la chica. Era imposible, pero había despertado de su maldito sueño. Había sido convocada por los gritos incesantes de la mocosa rubia. Esa era la razón por la cual la chica había dejado de gritar. Por eso ya no tenía miedo.

Su miedo se había transferido a Keynes. Sorprendentemente, este hecho lo enfureció tanto como lo desconcertó. Estaba acostumbrado a ser el que inculcaba el miedo. Por supuesto, el susto que inspiró fue justo y verdadero, el susto que todos los malhechores sienten cuando finalmente se enfrentan a la justicia. Tal vez en secreto saboreaba ser esa mano fría de la justicia. Quizás manejar las escalas de poder y venganza le concedieron una emoción implacable. ¿Pero eso era algo tan malo? Se enorgullecía de su trabajo, eso era todo. No había mal en él. Por lo menos, nada que mereciera el terror que ahora sentía que se deslizaba sobre él, picoteando su piel, tragándolo como una serpiente que digería lentamente su presa.

—Aléjate de mí —ordenó hacia el pasillo aparentemente vacío, sacando la varita de su túnica. A sus propios oídos, su voz sonaba pequeña, temblorosa. La varita extendida en su mano tembló. —¡Aléjate de mí! ¡Estoy cumpliendo mis deberes! En nombre de la corte de magos de los Estados Unidos de...

—Déjala ir —dijo la voz de una mujer. Era baja e insensible, vibrando desde las paredes de alrededor. Al igual que la chica rubia antes, la voz parecía ofrecer una advertencia reacia. Sonaba como una voz que quería ser desobedecida.



—¡Aléjate! —gritó Keynes, extendiendo su varita completamente delante de él, agarrándola con fuerza. La agitó de un lado a otro mientras avanzaba por el pasillo, arrastrando a Isabella con él.

El pasillo era largo y monótono, lleno de ladrillos esmaltados de verde pálido e industrial. El piso de cemento irradiaba frío. Las puertas negras se alineaban en ambas paredes, todas cerradas, marchando por lo que parecían kilómetros. Pero eso era una ilusión, por supuesto. Keynes sabía que había escaleras en ambos extremos del edificio. Si podía llegar al otro extremo, podría llevar a la niña hacia abajo. Su hermana no podría detenerlo. Ella era culpable. Ella era el caos.

Keynes apretó la mandíbula y enderezó la espalda. Él era la justicia. Él era el orden.

Las luces volvieron a parpadear y zumbaron. Las bombillas de arriba eran viejas, y un vidrio claro reluciendo con filamentos brillantes de pelo de duende. No requerían electricidad muggle para funcionar, y sin embargo, una por una, comenzaron a extinguirse. Cada una estallando como una bomba diminuta, rociando vidrio y chispas frías. La oscuridad avanzó por el pasillo hacia Keynes, pero se vio obligado a caminar hacia esta, aumentando la velocidad y levantando la barbilla para enfrentarla.

—¡El caos no puede derrotarme! —gritó, llamando a la oscuridad que se acercaba. —¡Soy el orden! ¡El orden supera al caos! —caminó más rápido, con el puño todavía agarrando la muñeca de Isabella, apretándola con la fuerza suficiente como para tocar los huesos, arrastrándola fuertemente junto a él.

La bombilla directamente arriba sobre Keynes se nubló de repente con escarcha. Su luz se apagó, se enfrió y luego brilló con fuerza, explotando. El vidrio y las chispas cayeron sobre él, salpicando en su cabeza desnuda.

La voz de Petra Morganstern vino directamente desde encima de él. —No soy el caos —dijo, y de repente estaba parada detrás de Keynes, con una silueta ligera, pero corriendo con el frío viento de alguna manera imponente. Era como un agujero negro en forma de mujer, lleno de gravedad comprimida y de oscuridad perfecta. —Y tú no eres el orden. Solo quiero a mi hermana de vuelta.

Keynes se detuvo torpemente e incluso tropezó un paso hacia atrás, con los ojos abiertos por la forma que tenía delante. —¡Oh, no la tendrás! —dijo él estridentemente. —¿Crees que puedes simplemente desafiarme? —sacudió la cabeza furiosamente, su



rabia de alguna manera igualaba su terror. —¡Eres una criminal condenada! ¡No tienes derechos legales! ¡Tú...tú...!

El brazo de Petra se estiró hacia Keynes. No podía decir si estaba alcanzando la chica agarrada por su muñeca o su propio cuello. La oscuridad de la silueta parecía atraerlo. Resistió, presionando sus labios en una línea enfurecida. Con violencia, sacudió a Isabella delante de él, usándola como un escudo humano. Enganchó su codo izquierdo debajo de su barbilla, forzando su cabeza contra su pecho, y levantó su puño derecho, blandiendo su varita. En un segundo, la golpeó contra la sien de la chica rubia.

—*¡Lo haré yo mismo!* —gritó ferviente, con los ojos ensanchados de celo. —¡No soy tan bueno como el Obliviador de la corte oficial, pero conozco el hechizo! Puede que nunca sea capaz de formar una memoria nuevamente. ¡Pero puedo hacerlo! ¡Lo haré! ¡Me obligarás a esto! ¡*La corte ha hablado!* —gritó la última oración, enarcando con voz ronca cada palabra como si fuera un talismán.

—Baja la varita... —dijo Petra, su voz caía monótonamente helada. Su forma pareció alargarse creciendo en tamaño, asomándose contra la oscuridad de las paredes. Estas se alejaron de ella, grietas corrían a lo largo de los ladrillos, arrojando mortero como fuegos artificiales. A la distancia las ventanas se destrozaron y las paredes gimieron. —*¡Déjala IR!*

Keynes aspiró un aliento repentino, llenando su pecho y preparándose para gritar. —OBLIVIA...

A lo largo del pasillo, cada puerta se abrió con una explosión, estallando con nubes de vapor helado. El brazo de Petra se inclinó hacia delante como una serpiente, sujetándose a la garganta de Keynes y empujándolo hacia atrás, directamente fuera de sus zapatos. Sus manos se rasgaron impotentes, soltando primero a Isabella y su varita y luego tanteando inútilmente el puño helado envuelto alrededor de su garganta, encerrado bajo la saliente de su barbilla. Y aun así la forma de Petra lo empujaba hacia atrás por el pasillo, cada vez más rápido, flotando en la persecución, volando, su pelo fluía a su alrededor como las serpientes de una medusa. Su forma era una negra pesadilla de sombra a excepción de sus ojos, que brillaban como la luz de las estrellas a través de los zafiros. Los talones de Keynes rebotaban descontroladamente por el pasillo, esparciendo el vidrio roto de las bombillas.



—*¡He matado una vez antes!* —exclamó la voz de Petra. El sonido era como el agrietamiento de los glaciares, resonando a lo largo de las paredes abultadas como un gong. —*¡Terrible lo que ella era, la mujer que maté era aún mejor que un insecto embustero como TÚ!*

—*¡Petra!* —una pequeña e inesperada voz interrumpió. Era la voz de una chica, bastante familiar para no estallar la furia de Petra, sino para sorprenderla y detenerla, al menos por un segundo. Un relámpago reprimido brilló a lo largo del pasillo desde los ojos de Petra y su mano libre, anhelando ser desatada, y sin embargo, a regañadientes, se detuvo. Keynes todavía estaba agarrado con su puño extendido, sus propias manos sujetas alrededor de la de ella, luchando inútilmente, su boca congelada en un suspiro silencioso y ahogado, sus ojos hinchándose en su rostro.

—*¿Izzy?* —preguntó Petra sin girarse, parpadeando el frío resplandor azul de sus ojos.

—No —dijo la voz mansamente. —Soy yo. Lucy.

Petra finalmente miró por encima del hombro. Su pelo colgaba alrededor de su cara como cintas negras, revelando solo un ojo. Parpadeó de nuevo, ignorando a Keynes.

Lucy estaba de pie junto a Izzy. Mientras Petra miraba, las chicas se acercaron un paso más. Sin mirar, Lucy alcanzó la mano de Izzy y esta se la dio, entrelazando sus dedos. Con este gesto, Petra comprendió algo. Mientras estaba dormida, bajo la influencia de la manzana venenosa de Mamá Newt, algo había sucedido entre Lucy e Izzy que las había unido. Ahora eran amigas. Aparte de Petra, Izzy nunca antes había tenido una verdadera amiga. A pesar de todo, la visión de las manos entrelazadas de las niñas rompió y alegró el corazón de Petra.

—No lo mates, Petra —dijo Lucy. Sus ojos oscuros estaban tranquilos, ni mendigantes ni exigentes. —No porque merezca vivir. No lo sé. Para un hombre bastante horrible. Puede que él merezca morir. Pero tú no mereces matar.

Petra miró desde los ojos de Lucy hasta los verdes de Izzy. La chica rubia asintió lentamente. —No es como con mi madre —dijo en voz baja. —Ella era tan miserable y fea por dentro que casi quería ser asesinada. Ella casi lo suplicó. Pero esto... es diferente.



El agarre de Petra apretó lentamente el cuello de Keynes, haciendo crujir sus vértebras. Su mandíbula cayó mientras su boca se abría como un pez varado. Su delgado pecho se ensanchó en silencio. Petra lo ignoró, todavía mirando por encima del hombro a las dos chicas, con sus manos entrelazadas.

—Pero... casi te arruina, Iz... —dijo. Había algo como una súplica en su voz. —Es un desastre de ser humano. No merece más que ser finalizado.

Izzy asintió con la cabeza. Lucy frunció el ceño preocupada. —Probablemente así sea —admitió razonablemente. —Pero no mereces la mancha que dejaría en ti. En tu alma.

Petra oyó las palabras, y supo en lo más profundo de su corazón, en el ojo de su tormenta de rabia, que ella estaban bien. Lucy tenía razón. Aun así...

Y sin embargo otra voz habló dentro de sus pensamientos. Una voz que ella, Petra, no había escuchado en casi un año.

MATAR NO ES UNA MANCHA, exclamó la voz, gritando las palabras en el centro de la mente de Petra, ahogando cada otro pensamiento como un observador impaciente que ya no puede permanecer en silencio. ¡MATAR ES EL PODER DE LA INMORTALIDAD! ¡MATAR ES SER COMO UN DIOS!

—Sí —se dijo Petra, su expresión volvió a calmarse mientras se giraba de vuelta hacia Keynes. Ella quería desesperadamente estar de acuerdo con la Voz del Linaje en su mente. Se sentía tan bien seguirla. —Y él se lo merece...

Keynes vio la resolución formándose en los ojos de Petra e intentó sacudir la cabeza. Sus ojos se salieron de sus órbitas, incluso cuando su rostro se escurrió de todo color, volviéndose tan pálido como la cera.

Él merece morir... agregó La Voz, ahora cayendo a un codicioso susurro. ¡TODOS merecen moriiiiir!

—Todos merecemos morir —agregó Lucy detrás de Petra, casi como si también pudiera oír la viciosa Voz en la mente de Petra. Sus palabras eran como una pizca de cordura en el frío aire, inevitable y persistente. —Todos merecemos morir, Petra, en el momento en que alguien con poder decida que tiene el derecho de matar.



Petra parpadeó de nuevo.

Hizo una pausa.

Lucy tenía razón. Por supuesto que sí. Petra quería desesperadamente negárselo. La Voz que atormentaba sus pensamientos se atropelló contra ella, maldijo contra ella, habría dado la vuelta y matado a Lucy para silenciarla si pudiera. Pero La Voz ya no controlaba a Petra. A pesar de su fuerza, y a pesar de su oscura persuasión ocasional de su lógica, la Voz del Linaje ya no era una maldición. Era sólo una parte de ella, y ella era parte de ésta.

A regañadientes, odiándose a sí misma por hacerlo, soltó a Keynes.

Se dejó caer en el suelo y se arrugó como una muñeca de palos sueltos.

Petra lo miró fijamente, inmóvil e impasible. Aún anhelaba matarlo. La punta de sus dedos se arqueó y crepitó con fría energía al pensarlo. Pero de alguna manera se resistió.

Calor se acercó por detrás. Las dos chicas tomaron las manos de Petra, una cada una, calentándolas y sofocando el poder asesino que quería lanzar, que ansiaba expresar.

*Puedes retenerlo un rato, la Voz se apoderó petulantemente, disminuyendo una vez más en el ruido del fondo de la mente de Petra. Pero no puedes controlarlo para siempre. Y cuando finalmente lo desates, no te importará quién está parado en tu camino...*

—¿Aún está vivo? —preguntó Lucy, mirando con mórbida fascinación la forma arrugada del Árbitro.

—Está vivo —admitió Petra a regañadientes.

Lucy asintió con la cabeza. —Me alegro, Petra —dijo, y luego la miró con ojos sombríos y sinceros. —Me alegro de que no hayas matado. Porque algunas cosas no se pueden deshacer. Algunas cosas perdidas no pueden reaparecer. No importa cuánto lo desees.

Más tarde, apenas una hora desde ese momento en el pasillo con las tres chicas paradas mano a mano. Petra recordaría las palabras de Lucy. Venían a ella en un destello de luz y en un momento de terror... un momento que se convertiría en una

interminable nota de timbre, cada vez más fuerte que suave, a cada día y mes y año. Petra sabría demasiado dolorosamente cuánto se podría desear que una cosa perdida se desvaneciera.

¿Pero las palabras de Lucy eran ciertas? ¿Las cosas perdidas realmente lo hacían para siempre?

Petra se había burlado de tales asuntos, porque siempre eran falsos, esperanzas vacías, simples trucos caprichosos destinados a manipular.

Pero ¿y si ella, Petra, pudiera conjurar la respuesta? ¿Y si, puramente por la fuerza de su inmenso poder y su inteligencia prosaica, pudiera escribir su propio asunto?

¿Había algún precio que valiera la pena pagar, no importa cuán alto, para averiguarlo?

Se lo preguntó. A lo largo de los años siguientes, Petra se lo preguntó cada vez más.